Con ojos de niña

Cuando somos chicos nos llaman la atención diferentes cosas que a los adultos. Yo era feliz paseando por las veredas de tierra contenidas por un cuidadoso entretejido de ladrillos que las delimitaban y daban espacio a los árboles de grandes hojas estrelladas.

La esquina del Cóndor, un almacén de ramos generales, se destacaba por la hermosa silueta de una enorme ave en la cornisa. Desde allí dominaba con su mirada todo cuanto acontecía en las calles adyacentes, sobre el boulevard que comenzaba en la Plaza 25 de mayo (donde actualmente se encuentra instalado) y finalizaba en la querida Estación de trenes.

En el patio de la casa de Don Manuele se veía desde la calle, integrándose a lo público, la silueta de un señor con sombrero, que yo me imaginaba un jardinero que a la noche cobraba vida y cuidaba las plantas.

Siendo adulta me enteré que el autor de estas interesantes obras no era otro que Pompeo Zilli, un creativo albañil italiano que sólo con hierro y cemento lograba esas maravillas que parecían salidas de un cuento infantil.

Pero lo que más me deleitaba era pasear por las callecitas del cementerio, calles al fin, previa pasada por los negocios improvisados con palos y lonas de camión, en los que vendían flores, comidas y bebidas, costumbre que se fue perdiendo con los años, como la de llevar flores en recuerdo de los difuntos. En los cementerios anida el ayer de los pueblos y su gente. En el caso del nuestro es el Rancul que fue otrora y sus calles están no solamente llenas de historias sino de muestras artísticas de distintos materiales y significados.

Allí yo leía los epitafios, sin saber que lo eran y me sorprendía uno que decía “Madre, maestra, esposa… Sólo Dios y yo sabemos lo que hay en mi corazón.” Y simultáneamente escuchaba a algún adulto que, viéndome mirar ese ángel que parecía contener la bella y sentida frase entre sus alas, comentaba: - La mató a palos, le adelantó el parto y se murieron ella y el bebé.

Yo, ajena a la gravedad de los hechos seguía hasta llegar a un bello ángel, asexuado pero con cara de niño al que le faltaba un bracito y me imaginaba que alguien se lo había quitado como recuerdo.

Observaba los panteones, competencias de arte y lujo y no entendía qué hacía la gente sentada adentro, rodeada de unas carpetas tejidas que cubrían algo. Con los años me enteré que se llamaban ataúdes y me resultó aún más desagradable esa presencia casi de custodia, con mantillas en la cabeza y velas encendidas.

Cuando pasaba por la iglesia, otro lugar favorito a mi curiosidad, mi interés se lo llevaba una escalerita que conducía a un balconcito que luego fue destruido. Yo no sabía que eso se llamaba púlpito, toda una obra de arte para que se parara el cura a dar sus sermones. Si bien, no estaba en la calle, la solemnidad y belleza de la construcción invitaba a adentrarse en ella.

A sus espaldas una gran cruz con un señor casi desnudo, con una corona de espinas, clavos en las manos y pies y sangre chorreándole por el rostro y desde sus heridas. Claro, luego me explicaron y comprendí el significado de aquella valiosa imagen. Aunque debo decir que toda mi admiración se la llevaba una dama con manto largo, corona de oro y un niño pequeño en sus brazos. Me explicaron que esa era la Virgen María, madre de Jesús, que había resultado ser el caballero que estaba en la cruz en su adultez. Muy complejo para mis entendederas de niña…

Conforme fue pasando el tiempo, las cosas fueron cambiando. Las escuelas, los movimientos sociales, las instituciones intermedias organizan actividades especiales para el Día de la Tradición y así podíamos ver parejas bailando una chacarera frente al Municipio, otros repartiendo tortas fritas o escarapelas frente al banco y hermosos murales haciendo referencia a temas varios. Se denuncia y previene la violencia intrafamiliar, el abuso; se ofrece apoyo afectivo a los enfermos de cáncer y tantos otros temas, el recurso común es la expresión artística. La llegada de talleres de actividades diversas a las escuelas en un proyecto nacional que se llamaba "Subíte al colectivo" despertaba al artista que moraba en los Auxiliares docentes de las escuelas y mostraban maravillas callejeras que les marcaban el camino hacia la institución, con carteles coloridos y simbología acorde.

Mi mirada de adulta cambió significativamente y se volvió amplia, hasta diría que de una extensión que me hacía mirar el horizonte como la mayor obra de la naturaleza, imposible de igualar.

Pero lo que jamás podría olvidar era un monumento que, ahora sabía, es de mármol de Carrara de una niña dormida sobre una tumba.

Debo decir que aún atrapa toda mi admiración y atención por la ternura que transmite desde su sueño eterno, habiendo sido una adolescente que caminó por mi pueblo y quizás, se sorprendió de las mismas cosas que yo, cuando era niña…

Segunda de Cuatro

Adriana Beatriz Cena
Rancul – La Pampa